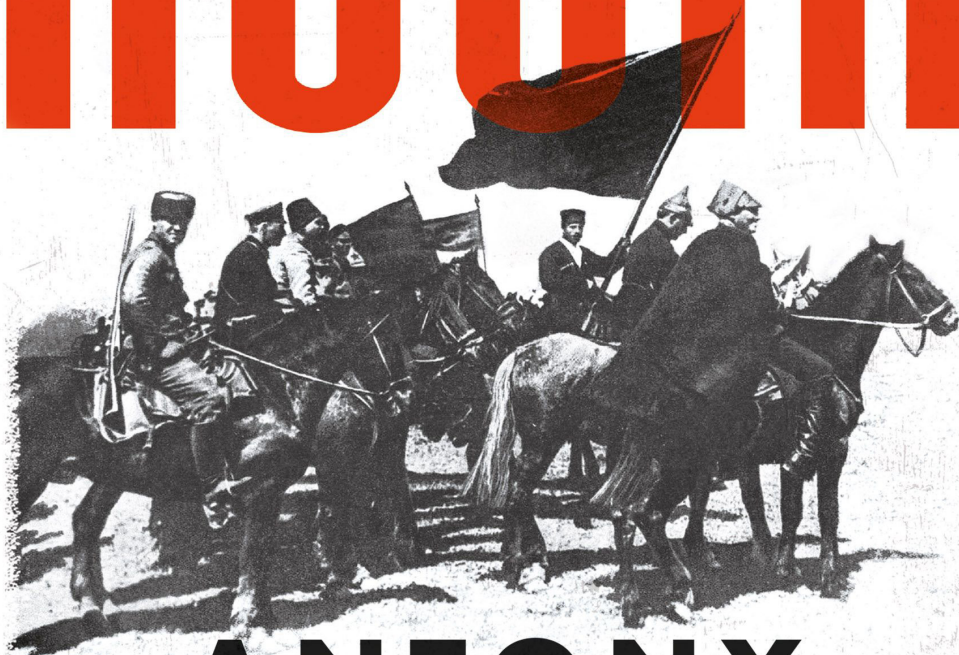


REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL 1917-1921

RUSIA



**ANTONY
BEEVOR**

CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

RUSIA

Revolución y guerra civil
1917-1921

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera parte

1912-1917

1

El suicidio de Europa¹

De 1912 a 1916

El ritmo del crecimiento industrial en Rusia, antes de la primera guerra mundial, creó un embriagador exceso de confianza entre sus clases dirigentes. Se olvidó el desastroso conflicto con Japón de hacía poco menos de una década. En San Petersburgo el partido belicista que exigía atacar a Turquía después de que esta hubiera cerrado el estrecho de los Dardanelos en 1912 se tornó más más vociferante. Incluso una figura que hasta entonces había optado por la cautela, como el ministro de Exteriores Serguéi Sazónov, se mostró airado por la forma en que los imperios Alemán y Austrohúngaro habían tratado a Rusia con motivo de la primera guerra de los Balcanes. Así pues, cuando Viena dirigió su ultimátum a Serbia (tras el asesinato en Sarajevo, en julio de 1914, del archiduque Francisco Fernando), Sazónov pidió al jefe del Estado Mayor que preparase al Ejército para la guerra. Le dijo al zar que si Rusia no acertaba a apoyar a un pueblo amigo como los eslavos de Serbia, la humillación sería fatal. Nicolás II se creyó obligado a autorizar la convocatoria de un primer estadio de movilización parcial, pero los comandantes militares insistieron en que si Rusia se movilizaba contra los ejércitos austrohúngaros, las fuerzas rusas tendrían que movilizarse por igual en los frentes central y septentrional, contra los alemanes.²

Grigori Rasputín, el consejero y sanador de la familia imperial, se hallaba lejos de la capital. Aquel fatídico verano había regresado a su región natal, la Siberia occidental, donde un telegrama de la zarina le comunicó los preparativos bélicos. Se dispuso a redactar una contestación para aconsejar al zar que se resistiera a la presión, pero una campesini-

na lo abordó y apuñaló en el estómago. Era una adepta de Iliodor, un hieromonje que se había vuelto en contra de Rasputín tildándolo de sanguiuela y falso profeta. El sanador quedó muy malherido, incapacitado en un hospital. Cuando recobró la conciencia y le contaron que en efecto se había dado órdenes de iniciar la movilización, insistió en enviar el telegrama que predecía que la guerra destruiría tanto a Rusia como a los Románov. Esta última oportunidad de convencer al zar de plantarse frente a los beligerantes llegó demasiado tarde, pero lo más probable es que tampoco hubiera cambiado gran cosa.

El temor del Estado Mayor ruso a que las Potencias Centrales se movilizasen con más rapidez no fue la causa principal de la escalada bélica. El factor clave fue la determinación austriaca de aplastar a Serbia antes de que las grandes potencias europeas pudieran intervenir. Alemania se negó a frenarlos. Más aún, el general Helmuth von Moltke, jefe del Estado Mayor alemán, instó a los austriacos a hacer caso omiso de cualquier posible ruego de moderación por parte del gobierno alemán. La diplomacia y los contactos regios también carecían de la fuerza suficiente. En realidad la guerra era tan importante que no se la podía confiar a los generales, según comentó poco después el primer ministro francés Georges Clemenceau.

Una vez declarada la guerra, la mala situación de la «masa gris» de los soldados campesinos rusos solo podía tornarse aún peor. En total se convocó a los Ejércitos de Tierra y de Marina a 15.300.000 hombres. Tras la derrota en la batalla de Tannenberg, y la tristemente famosa «Gran Retirada» de 1915 tras la victoria alemana en Gorlice-Tarnów (cerca de Cracovia, al sureste), tanto entre los oficiales como entre la tropa se instalaron la amargura y la sospecha de que la corte los había traicionado. Se empezó a hablar del «control alemán» de las fuerzas armadas, en parte porque muchos generales tenían nombres de origen teutónico o escandinavo.³ Pero la mayoría maldecía contra la zarina alemana y su camarilla, dominada por la *éminence grise* de Rasputín. El monje disoluto interfería en los nombramientos, con una corrupción desvergonzada, una vez que el zar había tomado la imprudente decisión de asumir el mando de los Ejércitos en el Stavka, el cuartel general supremo, en Moguiliov.

La vida de los soldados rusos en las trincheras que se extendían por todo el frente a través de las provincias bálticas, Polonia, Bielorrusia, Gali-

tzia y Rumanía resultaba una experiencia inhumana. «Después de haber cavado la zanja en la que se meterán —escribió Maksim Gorki—, viven bajo la lluvia y la nieve, entre la suciedad, sin el mínimo espacio; las enfermedades los desgastan, los bichos se los comen; viven como animales.»⁴ No solo escaseaban grandemente las municiones, sino que muchos soldados carecían de botas y tenían que fabricarse zapatos con trozos de corteza de abedul. En el frente, los hospitales de campaña eran casi tan primitivos como durante la guerra de Crimea.

Los intentos de modernización tuvieron un resultado desastroso: «Por fin nos han llegado las novedades tecnológicas más recientes —escribió en su diario, en claro tono de enojo, Vasili Kravkov, un destacado médico del Estado Mayor—. Esto es, 25.000 máscaras antigás para nuestro cuerpo. Las han revisado en la comisión suprema que preside nuestro gran pachá, el duque de Oldemburgo. Por mi parte hice también una especie de revisión, con algunos camilleros. A los dos minutos de ponerse las máscaras, empezaron a ahogarse. ¡Y se supone que tenemos que perretrechar con esos artilugios a todos los soldados de las trincheras!».⁵

A los departamentos de censura del Ejército apenas les cabía duda sobre qué estado de ánimo imperaba en el frente. En las cartas que los soldados enviaban a sus casas, muchos se quejaban tanto de la evidente superioridad de la artillería alemana como de la crueldad de los oficiales. Los soldados se embrutecían o traumatizaban con lo que veían: «Los cadáveres todavía están ahí tirados —decía una de las cartas—. Los cuervos ya les han comido los ojos y les corren ratas por el cuerpo. ¡Dios mío! Es tan terrible que no se puede ni describir ni imaginar».⁶

Otro soldado escribió sobre una fosa común que los oficiales les habían ordenado abrir para llenarla con sus propios muertos: «Recogíamos los cadáveres del campo de batalla y cavábamos un agujero de treinta brazas de largo por cuatro brazas de fondo. Los metimos allí, pero como ya era tarde, solo cubrimos la mitad de la fosa de tierra, y dejamos la otra mitad para la mañana siguiente. Dejamos a un centinela a velar y resultó que uno de los muertos salió de la fosa por la noche y nos lo encontramos sentado, en el borde. Algunos otros se habían movido y dado la vuelta porque no estaban muertos, solo conmocionados y heridos por la explosión de los proyectiles pesados. Es algo que pasa con frecuencia».⁷

El contraste entre las condiciones en las que vivían por un lado los oficiales y por el otro la tropa provocó un resentimiento profundo. Cada noche, muchos oficiales se retiraban al calor y la comodidad relativa de

una isba rural, en la retaguardia, mientras que los soldados y sargentos debían quedarse entre el frío y la mugre de las trincheras. «Al sorche que encabeza el ataque por la Patria le pagan 75 kopeks [al mes] —escribió un recluta, en carta a sus familiares—. Al comandante de compañía que va por detrás le pagan 400 rublos, y al comandante del regimiento, que va aún más atrás, le dan mil rublos... Algunos disfrutaban de platos sabrosos y alcohol y prostitutas, bajo la enseña de la Cruz Roja, mientras los otros se mueren de hambre.»⁸

La idea de que las enfermeras de la Cruz Roja estaban para la conveniencia sexual de los oficiales resultaba casi obsesiva, pero no carecía por completo de fundamento. El doctor Kravkov, que dirigía los servicios médicos de todo un cuerpo del Ejército de Tierra, dejó constancia de las causas del despido de un colega: «Fue muy simple. Este médico exhibió demasiado tacto y no sucumbió a las exigencias del corrillo del cuartel general: instalar un burdel utilizando a sus enfermeras... A mí no me resultaba nuevo. Lo había visto en el Décimo Ejército; fue una de las razones por las que salí huyendo de allí».⁹

Los oficiales ofrecían cientos de rublos por fotografías de desnudos a las estudiantes empobrecidas de Odesa:¹⁰ «Avísame si está dispuesta a que la fotografíen otra vez, con más detalles», escribía un joven oficial, que añadía que, si la joven visitaba el regimiento, podría ganar hasta mil rublos.¹¹

Mientras los oficiales retozaban, a los soldados de a pie, en cambio, no se les permitía ver a sus mujeres, ni siquiera en las áreas más alejadas del frente. Evdokiya Merkúlova, la esposa analfabeta de un cosaco de la 9.^a Sotnia Independiente del Don, no estaba al corriente de la normativa y acudió a visitar a su esposo en los primeros días de diciembre de 1916. Tuvo el coraje de plantear una queja formal por el trato que le había dado el jefe del escuadrón: «Al comandante de la *sotnia*, Mijaíl Rysakov, le dijeron enseguida que yo había llegado —se leía en el testimonio que dictó—. No sé por qué, el 5 de diciembre ordenó formar a la *sotnia* y a mí me hizo estirarme delante de la unidad, boca abajo. Ordenó a dos cosacos que me subieran la falda y la camisa y que me sujetaran los brazos y las piernas. Luego el comandante le ordenó a mi marido que me azotara quince veces, en el cuerpo desnudo. Controló en persona la ejecución del castigo y amenazó a mi marido exigiéndole que me golpeará con toda la fuerza, y que lo hiciera sobre la piel, no sobre la ropa. Mi marido tenía miedo de su jefe y me hizo sangrar, con heridas que aún no se han curado. Luego me escoltaron de vuelta al otro lado del Don».¹²

Como carne de cañón, el soldado campesino odiaba la guerra, el fango, los piojos, la mala comida y el escorbuto. El doctor Kravkov estaba desesperado por la calidad de los alimentos: «Nos ha llegado otra remesa de alimentos, esta vez de Oremburgo —apuntó en su diario—. Eran mil puds* de jamón y salchichas, ¡todo putrefacto! Nuestra madre Rusia se está descomponiendo entera».¹³

En octubre de 1916 la estación de las lluvias se inició con una furia que al doctor Kravkov le resultó perturbadora: «El doctor Tolchiónov, al que yo había enviado a las posiciones para que investigara las condiciones sanitarias, adjuntó un informe espeluznante sobre la situación espantosa en la que viven nuestros desafortunados soldados: entre un barro que les llega hasta la cintura, sin refugio para el mal tiempo, sin ropa de abrigo, sin alimentos calientes ni té».¹⁴ Dos semanas más tarde escribió: «Han llegado refuerzos, chicos del todo inexpertos. Al día siguiente los enviaron a un ataque con bayonetas... Fue una escena tremenda ver que muchos de ellos, que no querían morir, gritaban desesperados: “¡Mamá!”».¹⁵ Las autoridades militares suprimieron las noticias de levantamientos que fueron sofocados sin contemplaciones.

Aquel invierno, en Petrogrado, no solo se oyeron críticas al gobierno de boca de los liberales y la izquierda. Algunos archiconservadores, como el político Vasili Shulguín, estaban horrorizados por la falta de responsabilidad de los ricos, que se mostraban indiferentes al hecho de que los rusos sufrían el doble de bajas que sus enemigos alemanes y austrohúngaros. «Y aquí estamos nosotros —escribió con amargura—, bailando “el último tango” sobre el parapeto de unas trincheras repletas de cadáveres.»¹⁶ Shulguín se enfurecía con los rumores y las teorías conspirativas que corrían por los salones de la capital, en especial con «esa cháchara de la traición».¹⁷

Culpaba especialmente al líder de los kadetes, Pável Miliukov,** por el discurso sensacionalista que este pronunció con la reapertura de la Duma del Estado, el 1 de noviembre. Miliukov atacó con tanta brutali-

* Un pud era poco más de 16 kilos.

** El Kadet (por las siglas KD del nombre en ruso del Partido Demócrata Constitucional) era un grupo centrista liberal que incluía tanto a republicanos como a monárquicos moderados. Lo había fundado Miliukov en 1905 y contaba ante todo con el apoyo de profesores universitarios, juristas y la clase media más ilustrada, incluidos numerosos judíos, porque el partido defendía la emancipación de estos.

dad a los ministros del zar que causó asombro en los presentes, porque por lo general tendía a la moderación. En cambio, aquí denunció abiertamente la presencia de «fuerzas ocultas que luchan en beneficio de Alemania».¹⁸ Ante un aplauso atronador, después de cada ejemplo de incompetencia remachaba con una pregunta retórica: «Y esto ¿qué es? ¿Estupidez o traición?».

La corrupción generalizada en la capital conmocionaba a los oficiales jóvenes e idealistas desplazados al frente. «Todo el mundo sabe que en la residencia de la gran duquesa María Pávlovna hay toda clase de granujas que te conciertan posiciones seguras a cambio de sobornos —escribió un joven oficial de caballería del Séptimo Ejército, en carta a su prometida, que deseaba conseguirle un puesto en la retaguardia—. Pero te ruego que no sobornes a nadie. Quiero vivir y morir con nobleza.»¹⁹

Incluso los adeptos de la monarquía se desesperaban. La terquedad del zar obedecía casi por entero a su debilidad de carácter. En contra de todos los consejos había insistido en reemplazar en la comandancia suprema a su primo, el gran duque Nikolái Nikoláyevich, tras las desastrosas retiradas de 1915. Wavell consideraba al gran duque —que era extraordinariamente alto— como «el hombre más atractivo e impresionante que yo haya conocido. No destacaba por su gran cerebro ni por sus conocimientos de libro, pero era todo carácter y sentido común».²⁰ Por desgracia su sobrino, Nicolás II, carecía por igual de lo uno y de lo otro. «La autocracia sin autócrata resulta terrible», comentó Shulguín.²¹

Una de las principales razones por las que el zar corrió a Moguiliiov a sumergirse en el Stavka era que prefería estar rodeado de oficiales leales, antes que de políticos críticos. Delegó la administración del país en la zarina y Rasputín, y se negó resueltamente a nombrar un consejo de ministros surgido de la Duma. Sin embargo, su presencia en el cuartel de Moguiliiov no dejó de ser puramente simbólica y el séquito se aseguró de que cualquier acercamiento al frente se gestionara con el máximo cuidado.

«El jefe de gabinete del general Dolgov nos contó en la cena, sin rastro de ironía, los preparativos de la visita del zar —anotó en su diario el doctor Kravkov—. Se hizo volver de las trincheras a todos los soldados y se dedicó la noche a pertrecharlos con material y uniformes recién salidos de la fábrica. Se ordenó que la artillería abriera fuego en el instante en que se iniciaba la visita real y, por decirlo con sus mismas palabras, “se representó una verdadera escena de combate”. El zar se mostró

feliz y dio las gracias a todos, y a nuestro valeroso guerrero lo condecoró con la Cruz de San Jorge por el éxito de la representación»²²

En aquel invierno de 1916, en Moguiliov, nadie se atrevió a transmitirle al zar los rumores de Petrogrado. Habían empezado a aparecer panfletos revolucionarios sobre Rasputín, como por ejemplo *Las aventuras de Grishka*, que apuntaban a orgías con la zarina e incluso con las hijas.²³ Estas fantasías pornográficas recordaban las caricaturas publicadas más de un siglo antes en París contra María Antonieta y la princesa de Lamballe. Como era de esperar, estos relatos grotescos convirtieron a Rasputín, el campesino que se suponía seductor de la grandeza, en una especie de héroe popular.

El asesinato de Rasputín, el 17 de diciembre —obra del príncipe Félix Yusúpov, del gran duque Dmitri Pávlovich y de Vladímir Purishkévich, el líder de las antisemitas Centurias Negras—,* consolidó la creencia de que entre la aristocracia de la capital imperaba la corrup-



Rasputín, el zar y la zarina.



El príncipe y la princesa Yusúpov.

* Las Centurias Negras eran los grupos reaccionarios monárquicos, nacionalistas y antisemitas apoyados por Nicolás II.

ción. La idea de que Yusúpov utilizó a su esposa Irina, la bella sobrina del zar, como cebo para atraer al monje lascivo añadía un toque de salacidad al drama. La imaginación pública se volcó en particular sobre las dificultades que los conspiradores habían encontrado a la hora de matar a Rasputín, con pasteles envenenados y varios disparos de revólver, para luego echar su cuerpo de gigante por un agujero del hielo, por debajo de un puente, de modo que nadie lo encontró hasta dos días más tarde.

El profundo cinismo que se extendió por la retaguardia creó una apatía peligrosa. Cierta oficial Fedulenko, al regresar del frente, recibió una invitación a comer de parte de su coronel. «Dos oficiales de la guardia se sentaban a nuestro lado —escribió—. Empezaron a hablar de Rasputín; sus palabras me llenaron de zozobra.»²⁴ Repitieron los chismorreos sobre la zarina y Rasputín y afirmaron que el zar era un pelele. «Luego, mientras yo volvía hacia Oranienbaum con el coronel, pregunté por qué se permitían esas zafiedades, por qué nadie había impedido que esos dos jóvenes avergonzaran a su emperador. Habían estado hablando en ruso delante de los sirvientes, que por lo tanto podían entender cuanto decían.» El coronel hizo un gesto de resignación con la mano. «¡Ah! —se lamentó—. La caída ya ha empezado. Nos aguardan tiempos espantosos.» El doctor Kravkov no tenía ninguna duda de que «termine la guerra comoquiera que se termine, va a haber una revolución».²⁵

Índice

Mapas	9
Créditos de las ilustraciones	11
Prefacio	13

PRIMERA PARTE

1912-1917

1. El suicidio de Europa. De 1912 a 1916	21
2. La Revolución de Febrero. De enero a marzo de 1917	29
3. La caída del águila bicéfala. De febrero a marzo de 1917 ...	43
4. De la autocracia al caos. De marzo a abril de 1917	51
5. La viuda embarazada. De marzo a mayo de 1917	65
6. La ofensiva de Kérenski y los «Días de julio». De junio a julio de 1917	81
7. Kornílov. De julio a septiembre de 1917	97
8. El golpe de octubre. De septiembre a noviembre de 1917 ...	117
9. La Cruzada de los Niños. Rebelión de los yúnker. Octubre y noviembre de 1917	131
10. El infanticidio de la democracia. Noviembre y diciembre de 1917	147

SEGUNDA PARTE

1918

11. Romper el molde. Enero y febrero de 1918	165
12. Brest-Litovsk. De diciembre de 1917 a marzo de 1918	177
13. La Marcha del Hielo del Ejército de Voluntarios. De enero a marzo de 1918	195
14. Entran los alemanes. Marzo y abril de 1918	213
15. Enemigos en la periferia. Primavera y verano de 1918	227
16. Los checos y la rebelión de los social-revolucionarios de izquierdas. De mayo a julio de 1918	245
17. Terror Rojo. Verano de 1918	263
18. Los combates del Volga y el Ejército Rojo. Verano de 1918	273
19. Del Volga a Siberia. Otoño de 1918	289
20. La salida de las Potencias Centrales. Otoño e invierno de 1918	307
21. El Báltico y el norte de Rusia. Otoño e invierno de 1918 ...	321

TERCERA PARTE

1919

22. Una fatal solución de compromiso. De enero a marzo de 1919	333
23. Siberia. De enero a mayo de 1919	347
24. El Don y Ucrania. De abril a junio de 1919	357
25. Múrmansk y Arcángel. Primavera y verano de 1919	373
26. Siberia. De junio a septiembre de 1919	381
27. Verano báltico. De mayo a agosto de 1919	397
28. La marcha sobre Moscú. De julio a octubre de 1919	411
29. La sorpresa báltica. Otoño de 1919	429
30. Retirada siberiana. De septiembre a diciembre de 1919	437
31. El punto de inflexión. De septiembre a noviembre de 1919 .	449
32. Retirada hacia el sur. Noviembre y diciembre de 1919	465

CUARTA PARTE

1920

33. La Gran Marcha del Hielo siberiana. De diciembre de 1919 a febrero de 1920	481
34. La caída de Odesa. Enero de 1920	493
35. El último adiós de la Caballería Blanca. De enero a marzo de 1920	499
36. Wrangel toma el mando y los polacos toman Kiev. Primavera y verano de 1920	517
37. Polacos por el oeste, Wrangel por el sur. De junio a septiembre de 1920	531
38. El milagro del Vístula. Agosto y septiembre de 1920	549
39. La Riviera del Hades. De septiembre a diciembre de 1920 ..	561
40. La muerte de la esperanza. 1920-1921.....	575
Conclusión. El aprendiz de diablo	587
Glosario	591
Agradecimientos	593
Abreviaturas	595
Notas	599
Bibliografía	641
Obras de ficción	657
Índice analítico	659